XIV

LOS AUXILIARES DE LA IGLESIA

XIV

LOS AUXILIARES DE LA IGLESIA

En el siglo XIX, el Catolicismo reaccionando contra los males intelectuales y morales que por donde quiera se desbordaban en la sociedad, adquirió una vitalidad asombrosa, y no se limitó á mantener y disciplinar las que podemos llamar sus fuerzas regulares, sino que buscó agentes poderosos en la clase laica y desplegó verdadero ejército (tal es la expresión) de campeones seglares, latiendo en el corazón de muchos de ellos la abnegación más pura, y brillando en la inteligencia de algunos la luz del genio.

El talento y el carácter son dones que Dios distribuye entre las diferentes clases del catolicismo, como de la humanidad, sin que constituyan el privilegio de alguna sola; y si la Iglesia puede poner á su servicio esas aptitudes en donde quiera que estén, así lo hace, como el conquistador busca aliados en el mismo país que quiere dominar.

Sin embargo, nunca una voz laica ha resonado poderosa y elocuentemente en favor de la Iglesia, sin que algunos, ó pusilánimes ó prudentes, en el seno de la misma, se hayan amedrentado, temiendo la invasión de fuerzas extrañas, la germinación de nuevos elemen-

tos de discordia y heregía, la decadencia de la legítima influencia sacerdotal entre los fieles, y en Chateaubriand, Donoso Cortés, Veuillot y muchos otros, han visto la realidad de semejantes males, ó al menos amenaza de peligros futuros. (1)

El laicismo los entraña ciertamente y los entrañaba más antes que ahora, pero la prudentísima Iglesia nunca por combatir el mal condena el bien, sino que los discierne y separa. Condena en el laicismo el afán de entrometerse en todos los asuntos suyos, muchos de ellos exclusivamente de la competencia del sacerdote; la tendencia á usurpar atribuciones de la autoridad eclesiástica, la exageración y el fanatismo que lo impele muchas veces á reprobar lo que no es malo, á ver heregías en donde existe libertad de opinión, á mostrar en el ataque y la defensa saña implacable, tan contraria á la caridad del cristiano como á la prudencia del combatiente. Pero aprueba en el laicismo y los aplaude y estimula, la ciencia divina y humana, el valor heróico, el entusiasmo y el celo, si todas esas dotes están informadas por la caridad y regidas por la disciplina. El laicismo debe ser ante todo abnegado y obediente; abnegado, porque si al sacerdote le es permitido vivir de la Iglesia, el seglar no debe sacar de ella, salvo en excepcionalísimas circunstancias, el menor beneficio temporal, para que no se le juzgue vil mercenario. La sangre, decía Lacordaire, se da por nada ó no se da, y lo mismo que el dón de la sangre, hay servicios que se prestan gratuitamente ó no se prestan. Debe ser disciplinado; es decir, absolutamente sumiso á la autoridad eclesiástica, porque si sirve á la Iglesia, le ha de servir como ella quiera y no como quiera él, ó se invierten lamentablemente sus respectivas funciones.

Pero el laicismo sabio, prudente, sumiso, es aliado poderoso de la Iglesia, y muchos de los triunfos del catolicismo en el siglo pasado á él se le deben en gran parte, habiendo llegado á decir el sabio jesuíta Bainvel, que el pensamiento católico en ese siglo estuvo representado por órganos seglares, y si considera esto un gran mal, y con razón, bajo cierto aspecto, nada prueba mejor la eficacia de un elemento semejante cuando se le dirige debidamente.

No puedo resistirme á insertar las palabras de ese mismo sabio: "El gran mal en nuestro siglo ha sido el "de que, el pensamiento católico, no ha estado repre-"sentado entre nosotros, sino por estos órganos, exce-"lentes si se quiere, pero no acreditados: han hecho to-"do lo posible por defenderlo y vengarlo, pero han "usado á veces argumentos ruinosos, ó lo han desfigu-"rado creyendo ataviarlo á la moda del día. Son auxi-"liares preciosos, pero á condición de ser sólo auxi-"liares; es decir, de servir á un ejército y á unos jefes "cuya dirección sigan dócilmente, y de los que reciban "la consigna."

Echemos una ojeada aunque sea rapidísima, á la historia del laicismo en el mundo durante el pasado siglo, época en que realmente creó la Iglesia esa nueva y formidable milicia, pues si en la Edad Media los legos tomaban parte frecuentemente en las discusiones teológicas, ninguno de ellos llegó á ejercer formal y habitualmente lo que se llama ahora el apostolado seglar. (2)

Pudiéranseme citar algunos casos aislados, pero estos, por escasos poco probarían, y por ser tan poco conocidos, no probarían nada. El laicismo es una clase y ésta no la hubo; es casi una profesión ó al menos un hábito constante, y no recuerdo antes del siglo XIX que hubiese un gremio perfecto de seglares destinados á propagar la verdad católica, como lo hubo de artífices consagrados á construir catedrales. El culto tuvo auxiliares, pero no el dogma.

Como quiera que sea, el siglo pasado, desde su principio, fué campo en que las milicias seglares dieron pruebas de mayor aliento.

En 1800, resonó la voz de Chateaubriand. Poco hablaba á la razón científica, pero encantaba la imaginación y el sentimiento, y esa elocuencia nueva y profundamente sugestiva, iba á producir los más ópimos frutos. Ya De Maistre había escrito en 1796 las Consideraciones sobre Francia, pero el libro de De Maistre agredía (3) y el de Chateaubriand reconciliaba. La grande obra del escritor saboyano no aparecía aún: debía ser *El Papa* el primer libro quizá del siglo XIX, si se exceptúan el ensayo sobre *La Indiferencia* de Lammenais y *El Protestantismo* de Balmes.

La voz de Chateaubriand sacudió las conciencias aterradoras ante el espectáculo de tanta ruina y de tanta sangre, y el Catolicismo despertó.

El Conde de Mun dice en una carta al P. Beaunard que la vida religiosa en Francia tuvo su principio en aquel grupo de seis jóvenes seglares, de seis sabios, que fundaron, ó al menos reconstruyeron en 1801, bajo la dirección del santo jesuíta Delpuits, la famosa congregación de la Santísima Virgen, acto admirable que puso el laicismo, puede decirse, bajo el amparo de María, Auxilio de los Cristianos, siendo quizá una consagración de la clase laica á la Madre de Dios. (4)

Francia, la perseguidora del clero, la que abolió el culto, la volteriana, la sacrílega, la atea, reprobaba el crimen por medio de la misma clase que lo cometió, y apenas los católicos, bajo el amparo del gobierno napoleónico, pudieron respirar, comprendiendo los seglares creyentes, por reflexión y por instinto, que debían una reparación á Dios y á la patria, comenzaron, con aliento digno de los primeros siglos de fe, á consagrarse al servicio de la Iglesia.

Es el retorno á las primeras edades cristianas, dice Baivel. (5)

Las congregaciones laicas pronto contaron en el mundo millones de adeptos; las conferencias de San Vicente de Paul, restauradas por Ozanan (6), se extendieron también por toda la tierra prodigiosamente, y la prensa católica que comenzó á luchar con *L'Avenir,* cuyo camino se extravió por desgracia, dió el mayor lustre al periodismo con órganos como *La Tribuna Católica, La Era Nueva, El Correspondiente y El Universo.* (7)

En cuanto á libros, en 1819 publicó De Maistre el suyo del Papa que dió el primer golpe rudo al galicanismo y tanto contribuyó sin duda á la declaración de la Infalibilidad, dos años después de que Lammenais asombró á Europa con la publicación del primer tomo del *Ensayo.* Las dos obras tuvieron acción distinta, pero igualmente poderosa. La primera se dirigía principalmente al campo contrario; la segunda á la misma Iglesia. La una ensanchó considerablemente sus lindes, contribuyendo á la propagación de la fe; la otra robus-

teció su autoridad cooperando grandemente á librar la mies de gérmenes de zizaña y heregía.

En el libro del Papa dice De Maistre: "En primer lugar, ya que nuestra clase se ha hecho, en el último siglo, gravemente culpable para la religión, justo es que proporcione á los escritores eclesiásticos algunos aliados fieles que se agruparan en torno del altar, al menos para alejar los temerarios sin estorbar los levitas." (8)

Trás de De Maistre vino Bonald, también lego, tradicionalista desgraciadamente, muy inferior á Chateaubriand en estilo, al gran saboyano en amplias concepciones y elevación de miras, pero que con los dos "forma la trinidad laica que inauguró—dice Ollé Laprune —el movimiento católico del siglo XIX." (9)

Un escritor muy docto (10) considera á Newman y Gratry, á pesar de ser sacerdotes, como talentos laicos, pues no trataban las cuestiones católicas como teólogos, fuéranlo ó no, sino bajo el aspecto más comunmente considerado por los modernos escritores seglares, es decir, más en relación con las necesidades, circunstancias y tendencias de los tiempos presentes, que en la región de los principios puros según el antiguo método.

Todo hombre pertenece á su siglo—decía Lacordaire—y lo que puede llamarse cualidad característica del método seglar, ha sido el no perder nunca de vista verdad semejante, y examinar las cosas católicas á la luz misma de la época presente, porque aunque el dogma y la Iglesia no se mudan, el criterio especial, los puntos de vista, las aspiraciones filosóficas, los ideales del arte y aún las exigencias de la moda, invasora de todo, hasta de tan elevadas regiones, cambian con los tiempos sin cesar, al grado de que un sér extraterrestre que viese á la humanidad en un siglo y después en otro, aunque fuese el siguiente, quizá no la juzgaría la misma.

En ese sentido, y como se ha dicho de Gratry y de Newman, Lacordaire, como después Dupanloup y Bougaud, fué un talento laico, sin que esto menoscabe la honra del sacerdote y la reputación del teólogo, á quien llamó Montalambert elocuentemente, la virtud armada para la defensa de la verdad.

Lacordaire fundó escuela laica, ¡y qué escuela¡ A ella pertenecieron el mismo Montalambert. (11) Falloux, (12) Ozanam, (13) Madame Swetchine (14) y muchos otros. (15)

" El P. Ravignan más tarde, desde la cátedra de Nuestra Señora, saludaba con gratitud y entusiasmo, á ese grupo de jóvenes en su mayor parte, pero ya todos maduros y fuertes en el celo por la Iglesia.... que valerosamente han descendido á la liza con el estandarte católico en la mano, como enseña de sus nobles empresas." (16)

Lammenais no fundó escuela, era un genio incomunicable. Su orgullo además lo impelió á crear sistemas, lo privó del arrempetimiento y de la sumisión y los católicos huyeron de su lado. El castigo más digno de la soberbia que todo lo quiere dominar, consiste en dejarla estéril y solitaria.

Lacordaire,—como dice exactamente Bougaud—iluminó con su genio gran parte del edificio de la Iglesia, y no cabe duda de que legó á Francia una generación intelectual que no concluye ni concluirá en mucho tiempo; generación no sólo de oradores sagrados, (17) sino de escritores seglares. Abrió á la apologética nuevo camino, alumbrado por las ideas modernas en lo que tienen de verdad, y natural era que lo recorriese una pléyade de los seglares de genio que se agrupaban en su derredor. Hizo más: adoptó por guía, como buen dominicano, al Angel de las Escuelas, bien que respecto de la escolástica su propaganda fué menos perceptible. Quizá sin las enseñanzas de León XIII, esa prueba de clarividencia del gran religioso, no hubiera sido conocida. (18)

En 1842, apareció entre los católicos, el más grande, no diré de los escritores, pero sí de los periodistas seglares: Luis Veuillot. Plebeyo de origen (19); como Montalambert era aristócrata y Ozanam burgués, fué el gran enemigo del liberalismo en Francia y luchó contra *Le Correspondent* enérgicamente, creyendo descubrir en él tendencias liberales, sobre todo, cuando lo dirigía Monseñor Dupanloup.

Después del juicio que acerca de aquel incomparable polemista hizo Ollé Laprune (20), nada más puede decirse, y, sin embargo, aunque ciertos de que nues-

tra crítica será inferior en demasía (la comparación hace reír) á la del ilustre autor de *La Vitalité Chrétienne,* queremos en pocas palabras esbozar á Veuillot, como lo concebimos, porque nos es grato retratar figura tan hermosa, por lo viril, entera y sana. Veuillot es, ante todo, buen católico, católico profundamente sincero, incomparablemente leal, activo é infatigable en la lucha, inquebrantable é inflexible como el dogma, severo como la moral, intolerante como los principios. Su inteligencia clara, admirablemente ilustrada aún en ciencias eclesiásticas (véase su vida de Jesús), inteligencia precisa, neta, enemiga de sutilezas y de distingos, aborrece *les nuances* en que el grupo *católico-liberal* buscaba la conciliación, y se armonizaba admirablemente con su honrado carácter, formando lo que se llama un hombre de *una sola pieza.*

No dudamos que alguna vez haya incurrido en error, á causa de su celo siempre generoso, pero luego exagerado; mas nunca dejó de mostrarse igual á sí mismo. Se dedicó á servir á la Iglesia y durante sus largos años de periodista (21) no tuvo pensamiento que no le consagrara, sentimiento que no le ofreciera, medio que escatimase en su servicio, sin que jamás fuesen para él un obstáculo, si siquiera un freno, la amenaza, la difamación, las persecuciones, los odios que rugían en su derredor, sin aplacarse nunca.

Tal fué Veuillot, el primer soldado de la Iglesia. Su talento era maravilloso, su estilo de polemista, incomparable, estilo de acero, flexible y agudo como un estilete; pero á Veuillot no lo constituye ni su talento, ni su estilo, lo constituía un compuesto de cualidades intelectuales, morales y hasta fisiológicas, asombrosamente armonizadas, que por ser tan raras y tantas, concurren y se funden muy difícilmente. Tal es la razón de que aparezca en la historia del laicismo francés, como figura única: no tuvo sucesores.

Un hombre así, de una sola pieza, decíamos, especie de coloso de bronce, estaba admirablemente organizado para representar un principio, un solo principio, pues la duplicidad no cabía en él, y, en efecto, Veuillot era la encarnación de la justicia.

No diremos que su corazón no abrigase la caridad y la misericordia. Erraríamos tan solo al suponerlo.